

in ecclesia tua primatum diligere, gerere principatum. Arcem Sion occupaverunt..... et universam deinceps..... tradunt incendio civitatem. Misera eorum conversatio plebis tuæ miserabilis subversio est.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El sacerdote escandaloso es el mayor enemigo de Dios.* Dios Padre le había escogido para que defendiera su causa y él la combate; para extender su reino en todos los corazones y él lo impide; para que aumentara el número de los escogidos y él va reclutando almas para el infierno. Dios Hijo contaba con su cooperación para que le ayudara á salvar las almas, y él las pierde. Dios Espíritu Santo lo había escogido como su órgano y él en lugar de secundar los designios de su misericordia los hostiga y desbarata.

PUNTO SEGUNDO.—*El sacerdote escandaloso es el mayor enemigo de las almas.* Nosotros no podemos acercarnos á ellas para santificarlas sino en virtud de la confianza que ellas tengan en nosotros; pero ¿y qué confianza podrá inspirarles un sacerdote que les predica una moral y él practica otra? La elevación de nuestra dignidad es la medida de los estragos causados por nuestros escándalos.

PUNTO TERCERO.—*El sacerdote escandaloso es el mayor enemigo de la Iglesia.* Siendo ésta Esposa y Madre á la vez, el escándalo la hiere en los dos objetos de su más tierno amor, á saber: en Jesucristo su Esposo, y en los fieles, sus hijos. Una sola caída en el Santuario puede ser causa de los efectos más desastrosos é incalculables. La Iglesia llora, y lo más triste es que le hace derramar lágrimas aqnel mismo que debiera consolarla.

MEDITACIÓN XXXIV

*El escándalo causado por un sacerdote.
Sus diferentes especies*

- I. Escándalo de intención y de perversidad.
- II. Escándalo de tibieza y de negligencia.
- III. Escándalo de ligereza y de imprudencia.

PUNTO I

Escándalo de intención y de perversidad

De un sacerdote se puede decir lo que San Francisco de Sales decía de los religiosos: *Bonis nihil melius, malis nihil pejus*; el que olvida sus deberes y esparce en su derredor una hediondez que mata justifica demasiado aquella máxima: *Corruptio optimi pessima*. Sin embargo, al hablar del escándalo de intención, no entendemos decir que haya quien quiera arruinar las almas por el mero placer de arruinarlas. Tal escándalo, propio sólo de Satanás, no sería posible hallarlo en un sacerdote, á no ser que hubiese alcanzado ya el último punto de la degradación y del endurecimiento.

Mas, sin necesidad de llegar á ese fatal exceso, él no puede ignorar que aquella palabra, aquella acción, aquella su conducta puede causar una herida mortal en la conciencia del prójimo: prevé las lamentables y funestas consecuencias que tal ó cual hecho puede acarrear al honor del sacerdocio, y sin embargo, no se arredra y comete el pecado. ¡Ah! este desgraciado sacerdote hace el necio para pecar más libremente, abusa de la misma autoridad é influencia que le confiere la santidad de su carácter para arruinar y destruir aquella virtud, de la que debía ser el más firme apoyo.....

¡Oh sacerdotes, oh pastores, qué terrible juicio os aguarda! *Audite hoc sacerdotes..... quia vobis iudicium est.* ¡Cómo! Vosotros insidiáis á la inocencia, vosotros que debierais ser sus más decididos protec-

tores! Y esas insidias y asechanzas las fraguáis en el mismo Tabor, sobre este monte santificado con tantos y tan venerables misterios!... *Quoniam laqueus facti estis et rete expansum super Thabor!* (1). Es triste, sí, mas no por eso deja de ser menos cierto que el castigo mayor que Dios pueda descargar sobre una diócesis, una provincia, un imperio, cuando quiere azotarla, es enviarles un sacerdote semejante. Nos lo dice por su profeta! *Super quo percutiam vos ultra?* ¿De qué otra cosa echaré mano para castigar á los hombres ingratos y rebeldes? ¿Qué otro rayo hará descender sobre ellos todo el peso de mi furor? ¡Ah! yo haré brotar de las oficinas de mis venganzas pastores infieles, suscitaré entre vosotros sacerdotes cuya depravación llegará á servirlos de escándalo. *Grege perditus factus est populus meus; pastores eorum seduxerunt eos* (2).

PUNTO II

Escándalo de tibieza y negligencia

Aunque este escándalo inspire menos horror que el primero, sus consecuencias son mucho más funestas. Y desgraciadamente ¡ay, qué general se ha hecho! Para un sacerdote no hay término medio: si no edifica, escandaliza; si no vivifica, hiere y mata; si sus costumbres no son un modelo para los fieles, se convierte en escollo; si no esparce siempre y quiera gran aroma de santidad en sus modales, entonces inspira, autoriza, multiplica el vicio (3). Por lo tanto, la vida del sacerdote debe ser no sólo la censura y reprobación de los desórdenes públicos, sino también de las falsas virtudes, que el mundo se esfuerza en forjar y sustituir en lugar de las evangélicas. Su alejamiento de todo lo que sabe á profano, su modestia, su santidad, han de llamar constantemente la atención de los seglares hacién-

- (1) Hist.
- (2) Jerem., I, 6.
- (3) Masillon.

doles ver que las virtudes cristianas son propias de los hombres muertos á sí mismos, cuya vida está escondida con Cristo en Dios (1).

Fuera de eso nadie ignora la perfección que el mundo exige á los sacerdotes. Quiere que sea nada menos que un ángel exento de todo defecto y adornado de todas las virtudes; y aunque no llegue á ver en él sino la sombra del mal, luego se escandaliza y asombra. Sin duda que puede haber en estos juicios y apreciaciones algo de exageración; pero, si por una parte nos incumbe examinarlos y aclararlos para poner las cosas en su lugar, no debemos tampoco prescindir de ellos por completo y despreciarlos. San Pablo nos da de ello el precepto y el ejemplo: *Noli propter escam destruere opus Dei, Omnia quidem sunt munda; sed malum est homini, qui opus offendiculum manducat* (2). *Si esca scandalizat fratrem meum non manducabo carnem in æternum, ne fratrem meum scandalizem* (3).

En virtud de estos dos principios, esto es: 1.º que el mundo exige de nosotros tal perfección que por nada ni en nada asome la debilidad y miseria humana; 2.º que nuestra vida, ya privada ya pública, la hemos de llevar á la vista de todo el mundo, y bajo el riguroso examen de la opinión: es fácil concluir, que la vida de un sacerdote libre y descuidado es, por decirlo así, un escándalo permanente.

En efecto, escandaliza en sus relaciones con los seglares por la manifiesta oposición de su conducta inmortificada, sensual y desnuda de virtudes sólidas con un Evangelio que no predica sino la abnegación, el espíritu de sacrificio, la caridad, la imitación de Jesucristo.

Escandaliza en el desempeño de sus ministerios, porque ó no los cumple, ó los cumple mal. ¿Deja de instruir á su pueblo? Es un sacerdote desnaturalizado que se ha constituido á sí mismo en

- (1) Col., III, 3.
- (2) Rom., XIV, 20.
- (3) I Cor., VIII, 13.

homicida de sus hijos, rehusando alimentarlos. ¿Es tardío en el confesonario? Apura la paciencia de los penitentes que le están esperando, y deja pasar para algunos de ellos el momento de la gracia, que tal vez no volverá jamás. ¡Ah desdichado pastor! Si hubieseis aprovechado la santa disposición en que esta ovejuela se hallaba, sin duda la hubieseis salvado. ¡Ah Dios mío! ya no la hallaréis en el tribunal de las misericordias, pero la encontraréis terrible y desesperada en el de la justicia.

Y en el ejercicio de sus funciones ¡cuántos escándalos! En el púlpito exhorta á los demás á la práctica de la humildad, mientras se ven en él todas las pretensiones y susceptibilidades del orgullo. En el santo tribunal se impacienta para reprender á un alma que se acusa de haber faltado á la paciencia. Vésele salir á decir Misa sin preparación, y después de culpas graves, por desgracia demasiado conocidas..... ¿qué corazón puede ofrecer á Jesucristo para Tabernáculo? Celebra precipitadamente, sin recogimiento, sin devoción ninguna, y á veces osa hasta interrumpir el divino sacrificio para charlar, reprender, impacientarse..... ¡Dios mío! qué escándalo verle que no se digna, después de la Misa, admitir en cierto modo en audiencia al Señor del universo, que ha venido á visitarle, y sale sin más del santuario, como Judas del Cenáculo: *Cum accepisset ille buccellum, exivit continuo* (1), llevándose consigo á su huésped en medio del mundo y olvidándolo en su corazón como á un muerto en la tumba: *Oblivioni datus sum tamquam mortuus a corde* (2).

Tantas comuniones inútiles que hace sin corregirse siquiera de un solo defecto, sin adquirir ni una sola virtud ¿no constituyen ya de suyo un escándalo peligroso? ¿Acaso sería extraño que con tal tenor de vida y con tal proceder hiciese nacer en ciertos espíritus disipados, ya demasiado proclives á la incredulidad, dudas sobre la presencia real de

(1) Joan., XIII, 30.

(2) Ps. XXX, 13.

Jesucristo en el Santísimo Sacramento? ¿Podrán ellos persuadirse tan fácilmente de que la Hostia consagrada es el cuerpo vivo de Jesucristo, el Hijo de Dios en persona, Aquel que ha justificado á todos los justos, santificado á todos los Santos..... al ver que no produce en el alma de este sacerdote mayor efecto del que produce en los vasos sagrados siempre fríos, y en la piedra del altar siempre dura? ¿Cómo podrán persuadirse de que el sol no alumbré é ilumine; el fuego no abraza, la santidad no santifique?.... ¡Oh qué terrible obstáculo es á la piedad y á la fe de los pueblos la vista de un sacerdote tibio en la celebración del sacrificio divino!

PUNTO III

Escándalo de ligereza y de imprudencia

Canta victoria el enemigo de nuestras almas cuando para perderlas se sirve de lo mismo que Dios había escogido para salvarlas. Poco le importa el modo con que le coadyuven los ministros del Señor; pero no cabe duda que la ligereza y la imprudencia de éstos secundan sus esfuerzos casi con la misma eficacia con que lo hacen sus crímenes. Aunque, si bien se mira, la falta de prudencia y de circunspección jamás es excusable en un hombre puesto en el candelabro de la Iglesia, encargado de intereses tan graves y obligado por tantos deberes á llevar la vida más seria y reflexiva. En efecto, no se puede admitir en un sacerdote la excusa de inconsideración y ligereza, porque nadie más que él ha de estar sobre sí mismo pesando atentamente todas sus palabras y todas sus acciones. No, no es suficiente que sea santo, es menester que lo demuestre, y lo demuestre en todo: *In omnibus teipsum præbe exemplum..... in integritate, in gravitate..... verbum sanum, irreprehensibile: ut is, qui ex adverso est, vereatur, nihil habens malum dicere de nobis* (1).

(1) Tit., II, 7 et 8.

De aquí es que una pregunta imprudente, una palabra indiscreta, una broma, un paso inconsiderado han llegado á ser muchas veces verdadero y terrible manantial de escándalos. ¡Qué de eclesiásticos hubo que en sus relaciones con el mundo, en sus viajes, en el recinto mismo de sus moradas, por no haber sido bastante cautelosos y reservados, conforme la malignidad del siglo lo exige, han abierto campo á sospechas que causaron estragos al honor del sacerdocio y llegaron á ser motivo de ruina para las almas!

¡Ah Señor, debo llorar como David los pecados ajenos y los míos, y no importa que no los haya cometido, porque gravitan sobre mí como efecto que son de mis escándalos. ¡Ah, perdonádmelos juntamente con los míos: *Ab alienis parce servo tuo*. Un solo medio me queda para satisfacer á vuestra divina justicia, y es el de ser con Vos y por Vos un celoso, un ardiente, un incansable salvador de almas. Me creo verdaderamente afortunado con este recurso, y por hallarme en un estado en que puedo hacer tanto bien cuanto es el mal que he cometido. La deuda es justa, oh Dios mío, y yo quiero saldarla. Dignaos pues, acoger mi arrepentimiento y bendecir mis resoluciones, puesto que no deseo otra cosa más que reparar en lo posible la injuria y el daño que con mis escándalos he irrogado á la Iglesia, á mis hermanos y, sobre todo, á vuestra gloria.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Escándalo de intención y de perversidad.* Sabe uno que aquella determinada acción, aquella palabra, aquella omisión de suyo ha de herir mortalmente la conciencia del prójimo y, sin embargo, no repara en ello. Abusa de su autoridad, del ascendiente que ejerce por su santo estado..... ¡Oh sacerdote, qué juicio tan terrible has de sufrir en no lejano día!

PUNTO SEGUNDO.—*Escándalo de tibieza y negligencia.* No inspira tanto horror como el primero; pero sus consecuencias quizás llegan á ser más fatales..... ¡Ah! y ¡qué común, se

ha hecho, por desgracia! Lo podemos deducir de estos dos principios: el mundo quiere ver en nosotros á otros ángeles, y sigue todos nuestros pasos y acciones con malignidad. Nuestras relaciones con los seglares, nuestros deberes olvidados ó ejecutados con descuido..... ¡Oh, qué de ocasiones de escándalo multiplicadas sin número para un sacerdote, para un pastor de las almas!

PUNTO TERCERO.—*Escándalo de ligereza y de imprudencia.* El sacerdote no puede aducir por excusa que no sabía ó no se pensaba aquello; nadie como él debe reflexionar en lo que dice, en lo que hace, cuándo y en presencia de quién lo dice ó lo hace. No basta que sea santo; es preciso además que aparezca tal, siempre y en todo.

MEDITACIÓN XXXV

La Misa sacrilega. La sola enunciación de un atentado tan criminal nos hace estremecer

- I. Por la multitud y gravedad de los pecados que encierra.
- II. Por las tristes circunstancias que la acompañan.

PUNTO I

Cuántos pecados..... y qué pecados en una Misa sacrilega

El sacerdote que *sciens et volens*, se atreve á celebrar los santos misterios en pecado mortal, comete, dice San Ligorio, no sólo un sacrilegio sino cuatro, y de especies distintas: 1.º, siendo enemigo de Dios, consagra el cuerpo y la sangre de Jesucristo; 2.º, estando en pecado mortal y por lo mismo muerto, recibe un Sacramento de vivos, y el más santo de todos los Sacramentos; 3.º, administra el Sacramento en estado de pecado mortal; 4.º, como encargado de los sagrados misterios, teniendo obligación de rechazar á los indignos, administrándoselo á sí mismo, lo administra á un indigno: *Indigne conficit, in-*

digne sumit, indigne ministrat, ministrat indigno (1). Infringe pues, cuatro obligaciones diferentes que le impone, *sub gravi*, la virtud de la Religión.

Enérgico y terrible es en esta materia el lenguaje de los Santos Padres y de los intérpretes de la Escritura. Cada uno de esos sacrilegios, dicen, es como una especie de violencia que el sacerdote sacrilego hace á Jesucristo, abusando indignísimamente de su paciencia y del poder que le ha dado sobre su divina persona (2). Finge amar á su divino Maestro, mientras le hace la más negra traición: *Amice, ad quid venistis?* (3). *Dicit: amice, impropere simulacionem* (4). ¡Qué horrible hipocresía! Parece que se postra á adorar al Señor, pero en cuanto está de su parte, le torna á crucificar..... *Qui indigne abutuntur communionem mysterii, quantum in ipsis est, interimunt, quem adorant* (5). Su pecado excede al de los judíos, los cuales crucificaron á Jesucristo mientras estuvo en la tierra sujeto á la muerte; mas el sacerdote sacrilego va más lejos: atenta hasta á su inmortalidad, le ataca en el mismo Cielo, en el seno de su reino: *Gravius peccant offerentes indigne Christum regnantem in cælis, quam qui eum crucifixerunt ambulantes in terris* (6). ¡Oh temeraria crueldad! ¡Oh audacia impía!

El hombre más irreligioso se estremecería de horror al solo pensamiento de tener que tocar el Santísimo Sacramento con las manos manchadas de barro: *Quis adeo impius, ut lutosus manibus sacratissimum sacramentum tractare præsumat?* (7). Pero ¡cuánto más sensible no es para el Hijo de Dios el ultraje que le hace un sacerdote sacrilego! ¿Qué fango puede desagradar á Dios tanto como el pecado? El acto de

(1) *Theol. moral*, l. 6, n. 35.

(2) *Vis infertus corpori ejus et sanguini*. (San Cipriano, lib. *De lapsis*).

(3) *Matth.*, XXVI, 50.

(4) Orígenes, *Tract.* 33 *in Matth.*

(5) San Crisóstomo, Homil. 7, *in Matth.*

(6) San Agustín.

(7) San Agustín.

acercarse al altar para pronunciar las sagradas fórmulas, para cumplir con un ministerio que exigiría la pureza de los ángeles, ese acto..... después de una caída vergonzosa, es lo mismo que escupir al rostro del divino Salvador (1). Es profanar su sacratísimo Cuerpo (2). Es pisotearlo (3). Es arrojar su preciosísima Sangre en inmunda cloaca. ¡Execrable crueldad! *Quantum flagitium in spurcissimam pectoris tui cloacam sacratum Christi sanguinem profundere!* (4).

San Cirilo de Alejandría, explicando estas palabras de San Juan: *Post buccellam introivit in eum Satanas* que hombre aquél, exclama, que acaba de recibir en su pecho á Jesucristo y á Satanás juntamente! A Satanás para hacer que reine en él, y á Jesucristo para hacerle morir; á Satanás á quien ensalza sobre Jesús, y á Jesús ofreciéndolo á Satanás como una víctima que le sacrifica.

Luego debemos concluir que el celebrar la Misa en estado de pecado mortal es cometer la más horrible de todas las maldades: *Nemo deterius peccat, quam sacerdos, qui indigne sacrificat* (5). *Nullus gravius convincitur peccare, quam presbyter, qui dum indignè ministrat, quantum ad se, salutaris victimæ sacramenta contaminat* (6).

¡Qué de lágrimas hace derramar á los sacerdotes fervorosos la meditación de estas tristes verdades! ¡Cuántos actos de desagravio hacen á Jesucristo para reparar, en cuanto pueden, con su respeto y amor las injurias que recibe de sus indignos ministros!

(1) *Qui sacra illius verba sacramenti ore immundo profert, in faciem Salvatoris sputat*. (Petr. Bles., serm. 38).

(2) *Polluimus corpus Christi, quando indignè accedimus ad altare*. (San Jerónimo., *in cap. 1 Malach.*).

(3) *Hoc peccato conculcatur corpus Domini*. (San Ambrosio, *in Epist. ad Hebr.*, c. 10).

(4) Santo Tomás de Villanueva, *de Sacr.*, c. III.

(5) Santo Tomás, *in Epist. 1 ad Cor.*, c. 11.

(6) San Pedro Damían, *Opúsculo*, 26.

PUNTO II

Circunstancias que acompañan á la Misa sacrilega

¿Quién es el que se hace reo de este crimen? ¡Un sacerdote!.... Es decir, un hombre de quien el Señor se había fiado encomendándole el cuidado de su sacratísimo Cuerpo, y encargándole le honrase en el misterio de su amor. ¡Ah, que mil vidas, si mil vidas tuviera, debiera sacrificar por impedir una sola profanación; pero á lo menos llorar siquiera, y tratar de satisfacer por las que no pudiera impedir! Mas ¿cuál es el objeto de este horrible atentado? No es el nombre solo, no es la imagen, ó simplemente la violación de la ley de Jesucristo; es su misma Persona real, es ese divino Cuerpo que tanto ha tenido que sufrir por nuestra redención. El despreciar las órdenes de un monarca es un delito; pero el atentar contra su vida es un crimen de lesa majestad: *Aliud est promulgare regie legis edicta negligere, aliud ipsum specialiter regem vibrato propriæ manus jaculo sauciare* (1).

Consideremos otras circunstancias: ¿en qué lugar..... en qué tiempo..... en qué momento se ha consumado este crimen? En el lugar santo, sobre el mismo altar; en el lugar más sagrado del mundo; allí precisamente donde la caridad de Jesucristo se muestra más viva, más tierna y generosa para con nosotros..... en el mismo momento en que se sacrifica por nosotros..... donde pide á su eterno Padre nos colme de sus beneficios..... en el acto religioso más propio por sí mismo para procurar la gloria de Dios y la felicidad del mundo. Pero..... ¿cuántas contradicciones se entrañan en este horrible atentado! ¡Un sacerdote... y profanador! ¡un sacrificio..... pero sacrilego! ¡La bondad soberana de Dios junto con la perversidad soberana de su ministro! En fin, aunque horroroso sea decirlo, el mismo demonio consagrandó el Cuerpo sacratísimo del Hijo de Dios!.... *Ex vobis unus diabolus est* (2) ¡Oh! Y cuán fácilmente nos

(1) Santo Tomás, *in Epis. 1 ad Cor.*
(2) Joan., VI, 71.

llegáramos á compadecer de la inmensa aficción de Jesucristo si considerásemos atentamente este espectáculo de horror para el cielo, de espanto para la tierra y de triunfo para el infierno..... «la abominación de la desolación en el lugar santo» (1).

Sacerdote fervoroso, considera al sacrificador indigno al salir de la sacristía para el altar..... mira lo que va á hacer..... escucha lo que va á decir..... no olvides lo que es. Míralo revestido del alba, de la túnica blanca, imagen de la pureza que exige tan alto y santo ministerio. En el brazo lleva «el manípulo de lágrimas y de dolor.» De su cuello suspendida «la estola, que es la prenda de la inmortalidad.» ¿Ha perdido acaso el derecho de llevarla solamente por la «prevaricación de nuestro primer padre?» Esta insignia de su autoridad en la casa de Dios debe recordarle la más degradante esclavitud. La casulla, emblema de una justicia perfecta, le cubre todo, y parece hacer de él otro Jesucristo, Pontífice eterno, «santo, exento de faltas y de la más ligera mancha, separado de los pecadores, más elevado que los Cielos» (2). Llega al altar..... se encuentra frente de su Juez: *Introibo ad altare Dei*..... No, no.... le gritan los ángeles, no te acerques á ese altar de Dios que hace temblar á los Santos: *Sancta sanctis. Ad Deum qui lætificat juventutem meam*..... Debería al contrario, llorar con lágrimas de sangre, y no parece sino que se promete alegría. *Judica me Deus*..... El infierno se extremece al oír estas palabras..... y como que se asombra de tan insolente reto. Altar sagrado, tú eres testigo..... ya lo has oído..... *Quare tristis es anima mea, et quare conturbas me?* ¿Qué! ¿Se admira de la tristeza y de la turbación de su alma? Y ¿cómo es posible gustar la paz de la buena conciencia cuando está dando principio á la iniquidad más monstruosa?

¡Desgraciado! Todo para el infeliz es una amenaza, todo le acusa y le condena: las ceremonias, las oracio-

(1) Matth., XXIV, 15.
(2) Hebr., VII, 26.

nes del sacrificio, todas las palabras. Pues qué ¿le corresponde entonar en ese desgraciado estado esos cánticos angélicos: *Gloria in excelsis Deo*.... *Sanctus, sanctus, sanctus*? Cómo puede decir con verdad volviéndose á los fieles: *Dominus vobiscum*.... *Pax Domini*? Cómo atreverse á pronunciar: *Ego autem in innocentia mea ingressus sum*? ¡Entrar en comunicación con lo que el Cielo tiene de más santo! *Communicantes*.... y, sobre todo, atreverse á pronunciar las palabras sacrosantas de la consagración.... ¡Abismo de iniquidad! Cómo puede besar el altar sin oír al momento en lo íntimo de su alma una voz lastimera que le dice como al primer Judas: *Osculo Filium hominis tradis*? Y se atreverá á extender su sacrilega mano para tocar la adorable Hostia, sin acordarse de aquella sentidísima queja: *Ecce manus tradentis me mecum est in mensa*?

Hemos supuesto una Misa sacrilega.... una sola.... pero, ¡qué sería si llegase á ser un hábito! Todo el tesoro de la venganza divina no tendría bastantes castigos para dejarla satisfecha. Apartad, Señor, de vuestra Iglesia semejante calamidad; imprimid en todos vuestros sacerdotes esa fe viva, ese temor religioso que deben sentir al entrar en el lugar santo: *Pavete ad sanctuarium meum. Ego Dominus* (1). Y en cuanto á mí, Señor, haced que mis ojos se cubran de tinieblas, que mi lengua se seque y la vida se retire de mí.... heridme con todo el rigor de vuestra misericordiosa justicia, antes que dejarme caer en el fondo de ese horrible abismo.... ¡Perdón, Señor, piedad, misericordia!....

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Cuántos y cuáles crímenes se cometen en una Misa sacrilega.* San Alfonso responde de este modo á la primera parte de la cuestión: *Indigne conficit, indigne sumit, indigne ministrat, ministrat indigno.* Al tratar de la enormidad de esos crímenes, hé aquí lo que los Santos Padres dicen

(1) Lev., XXVI, 2.

en términos que hacen estremecer: *Qui indigne abutuntur communionem mysterii, quantum in ipsis est, interimunt quem adorant. Gravius peccant offerentes indigne Christum regnantem in caelis, quam qui eum crucifixerunt ambulantes in terris. Nemo deterius peccat quam sacerdos qui indigne celebrat.*

PUNTO SEGUNDO.—*Circunstancias que acompañan al crimen de la Misa sacrilega.* ¿Quién es el que lo comete? Un hombre al cual el Salvador le había confiado la guarda de su cuerpo.... ¿Cuál es el objeto de este atentado? La misma persona de Jesucristo: de modo que no se trata solamente de su nombre ó de su imagen. ¿En qué lugar, en qué tiempo, en qué ocasión lo comete? ¡Ah! en verdad que aquí es el lugar de decir: *Unus ex vobis diabolus est!* Hé ahí que el sacrificador criminal sale de la sacristía.... ¿A dónde se dirige? Seguidle: mirad lo que va á hacer, escuchad lo que va á decir, no olvidéis lo que él es. ¡Ah Dios mío, alejad de vuestra Iglesia estos crímenes tan espantosos!

MEDITACIÓN XXXVI

La Misa sacrilega

- I. Severidad con que Dios castiga este pecado.
- II Precauciones que se han de tomar para no cometerlo.

PUNTO I

Ningún delito de ordinario es castigado más severamente en vida, en la muerte y en la eternidad

Sigue Dios en esto la lección que El mismo dió á los jueces de su pueblo, y que es conforme con la más escrupulosa justicia: *Pro mensura peccati irit et plagarum modus* (1). Ahora bien, en la anterior meditación hemos considerado la enormidad de un crimen que encierra la impiedad más negra, y que no puede siquiera aducir como excusa el ímpetu de la pasión, puesto que se comete á sangre fría.

(1) Deut., XXV, 2.